

Estreno de «Belinda», melodrama por Herimer Harris, traducido por José López Rubio. Ocho cuadros agrupados en dos partes. Intérpretes principales: Lili Murati, en el papel de Belinda; Paco Muñoz, en el de Doctor Jack; Pedro Porcel, en el de Black Mac Donald; otros papeles a cargo de Carmen Alonso de los Ríos, Lola Vilar, Antonio Colinos, José Guerra, José Vilar, Juan de Haro, Angeles Puchol, Asunción Mateos, Pilar Alfaro y Felipe Valdés. Decorados de Ramón Battie.

* * *

No he visto la película «Belinda», de cuyos méritos he oído alabanzas, y tengo entendido que el melodrama estrenado anoche en el teatro Reina Victoria es anterior a la película, en la que todos los defectos de la obra dramática están superados. Posiblemente sea así porque el cine dispone de mejores medios para la expresión de un tema en que lo narrativo predomina sobre lo dramático. No se interprete esto —¡por favor!— como afirmación de que «Belinda» sea una pieza narrativa; es, por el contrario, activa, pero la disposición de sus episodios la hacen más apta para la narración que para el drama. La esencia del drama es el cambio, y en «Belinda» no se produce ninguno fundamental. No creo tampoco que haya sido ése el propósito del señor Harris, sino la representación de un argumento cuya teatralidad estriba únicamente en la circunstancia de ser muda la mujer alrededor de la cual se teje la acción.

Se suele reprochar, en las comedias, el exceso de literatura, pero muchas veces reputamos de tal lo que es y debe ser carne y sangre de la obra. A «Belinda» le falta literatura, o, si se prefiere, le falta carne. Los personajes son esquemáticos y ejecutan determinados actos porque sí: el espectador, para entenderlos, necesita inventarles un carácter, una psicología: es decir, vestir o revestir el maniquí diseñado por el autor. Se decía, en el entreacto, que la obra es lenta; yo la creo, más bien, primitiva.

Sin embargo, produjo a los espectadores emoción, incluso emoción intensa. ¿Por qué? No por el contenido de la obra, sino por el arte puesto en la representación. Más que a juzgar una obra literaria hemos ido anoche al Reina Victoria a juzgar los méritos, la capacidad de una actriz. Lili Murati era conocida en España desde hace muy pocos años, como intérprete de papeles cómicos. La circunstancia de ser extranjera limitaba su repertorio a comedias cuyo protagonista lo fuese también, de modo que sus deficiencias de pronunciación quedasen teatralmente justificadas. Debo decir que hace pocas tardes la he escuchado representando «Tovarich», y he podido advertir sus enormes progresos en la fonética española. Pero poco importan, en el caso de «Belinda», las deficiencias fonéticas, porque Belinda no habla. Importa más consignar la sorpresa ante la ductilidad de Lili Murati, ante esta nueva faceta, dramática, de su arte. Entiéndase bien: dramatismo comunicado mimicamente usando de todos los elementos del cuerpo capaces de movimiento expresivo para traducir palabras y sentimientos.

Asombra su movilidad, la elasticidad de todos sus miembros y el partido teatral que sabe sacarles. Asombra también el realismo casi brutal que da a algunos momentos de la acción, verbigracia, a la pelea con el personaje Lucki. En realidad, «Belinda» no es más que el pretexto para que Lili Murati exhiba un aspecto inédito de sus facultades. Celebrémoslo, porque con ello prueba sus condiciones de gran actriz. Personalmente juzgo que anoche recibió el grado de doctor, «nemine discrepante», y la felicito por ello.

Me alegra también declarar la satisfacción con que he comprobado la excelente forma en que se halla Pedro Porcel. No le había visto desde «Las de Cain», donde su interpretación de un papel difícil era perfecta; pero un solo papel no puede aquilatar la realidad de unos méritos, porque puede ser eso que los actores llaman «su papel». Hace días, en «Tovarich»; anoche, en «Belinda», he comprobado algo tan importante como la facilidad con que Porcel pasa de lo cómico a lo dramático, con los mismos excelentes resultados. No estamos tan sobrados de buenos actores como para callarlo. Añadiré que Porcel fué muy aplaudido en un mutis.

Paco Muñoz, bien, pero con poco vigor. El resto de la compañía desigual. Los decorados, malos. El público, emocionado, aplaudió al final de los ocho cuadros de la obra y pidió a Lili Murati que hablase. Ella no pudo hacerlo, no sé si por la emoción de su personalísimo triunfo o por exceso de compenetración con su personaje.

TORRENTE